

PATRICIO MANNS

LA VIDA PRIVADA DE EMILE DUBOIS

Santiago: Alfaguara, 2004. 204 pp.

La vida privada de Emile Dubois es la última novela del poeta, narrador, ensayista y cantante Patricio Manns (Nacimiento, 1937). Este autor ha desarrollado, sin duda, una obra consistente, compuesta por una larga lista de títulos, entre los que se cuentan las novelas *Buenas noches los pastores* (1972), *El corazón a contraluz* (1996), *El desorden en un cuerno de niebla* (1999); los ensayos históricos *Memorial de la noche* (1998), *Chile, una dictadura militar permanente (1811-1999)*, (1999) y *La revolución de la escuadra* (2001). Estos textos, que de una u otra forma se pueden poner en relación con el texto que a continuación reseñamos, son solo algunos de los que conforman la obra de Manns. Además de ser premiados por la crítica y el público lector, la totalidad de su obra reúne un conjunto de ejes temáticos, estilísticos y programáticos que le dan cierta organicidad e identidad más o menos definible. El autor ha participado en un sector importante de la vida cultural del país, particularmente desde una perspectiva explícitamente comprometida con posiciones políticas de izquierda. Así, los textos que indagan en el pasado histórico, como algunos de los referidos arriba –lo que no los convierte, por cierto, en textos historiográficos–, responden a una particular construcción de la imaginación e interpretación de la cultura y la historia en concordancia con su adscripción ideológica que se concreta en positivas conductas políticas. Y, precisamente de una conducta, o de ciertas líneas de conducta, de la estela de muertes dejada por un asesino –o un justiciero–, es de lo que trata la novela; la conducta política de un personaje que hace el bien a la sociedad

ejerciendo el derecho que él mismo se ha atribuido sobre las vidas de sus víctimas. La construcción del personaje literario se realiza a partir de la descripción de ciertas variaciones en un mismo tipo de acciones que caracterizan tanto a los crímenes cometidos como a su sexualidad: una seguridad imperiosa, una prestancia insobornable.

Emile Dubois es un personaje que en el más populoso de los cementerios de Valparaíso, Playa Ancha, tiene una gruta en la que la cultura religiosa popular ve a un patrono de las causas más apremiantes. Así mismo, es un lugar que cuenta con el más abigarrado friso compuesto por numerosas placas de agradecimientos que se puedan ver en dicho cementerio. Este personaje mítico que se asocia a la justicia por sobre o fuera de la ley fue fusilado tras serle achacadas una sucesión de muertes, las mismas que Carlos Droguett tratara también en su novela *Todas esas muertes* (1971). La novela de Manns, de paso, rinde un homenaje a esta otra de Droguett, escribiendo el penúltimo capítulo en un diálogo de motivos y personajes que pueblan ambos textos. Es, de hecho, una reescritura de memoria. Dubois, entonces, es un personaje cubierto por una pátina romántica ineludible, no solo en tanto figura arraigada en las creencias populares, no solo en tanto héroe de las clases postergadas que no se pueden liberar por sí mismas —pero que son resarcidas por la gesta individual de un personaje que se nos muestra a veces en una zona imaginaria y genérica cercana a la hagiografía—, sino que además está construido en concomitancia con una figura romántica por antonomasia, el poeta como héroe, figura romántica elaborada en la novela de Manns bajo el nombre de Carlos Pezoa Véliz. Tanto en la novela de Droguett como en la de Manns estos dos se cruzan en circunstancias distintas. Pero más allá de este incidente narrativo, el cruce es más bien emblemático, pues uno y otro, el poeta que busca con la palabra una acción sobre la realidad extraliteraria —ese es el poeta representado en la novela—, y el asesino que busca dar justicia a quienes no la tienen por la “vía burguesa”, y que busca hacer del asesinato una de las bellas artes, se cruzan simbióticamente para representar la manifestación de un tipo de voluntades, de unas mismas aspiraciones que son caras y significativas para el decimonónico programa romántico.

Pero así como el propio Patricio Manns no tiene las pretensiones de ser un historiador, como lo muestra en aquellos que son sus ensayos históricos, o de asunto histórico, la novela, que alude en el título a la vida privada, es más bien una novela del presente, del más próximo presente. Lo que podríamos llamar el referente histórico de la novela no está en la figura de Emile Dubois mismo, personaje narrado ya por la mitología popular, como queda dicho, y que por lo tanto es más bien ficcionalizado desde la voluntad artística de Manns, sino en la ciudad de Valparaíso, ese gran anfiteatro en el que se representa una obra en la que Emile es su principal actor, como lo afirma en el texto el personaje. Manns ajusta su narración a ciertos hechos que tienen que ver con el paisaje, los cerros, el plan de la ciudad, el terremoto de 1906, la figura de Gómez Carreño, general al que la cultura oficial rinde tributo por haber ejercido

una dura represión contra quienes superaron los límites de la propiedad tras el sismo. Nombres de calles, de cerros, de prostíbulos y personajes son reales, pero es la trama construida a partir de la figura del héroe, de sus peripecias, de las hazañas derivadas de la intriga, ficción pura. No es entonces de la vida privada del hombre real de lo que escribe. Pero como sabemos que la ficción produce su propia verdad y un conjunto de valores que suelen ser propugnados por la novela es que ponemos atención en la particular manera de construcción de ésta. Los valores promovidos en la figura de Emile Dubois, el artista del crimen, dueño de una refinada educación europea, de una virilidad hipertrofiada, de un repertorio de herramientas de seducción y de unas convicciones férreas es lo que en la novela se representa. Pero en el contexto del presente de la lectura, desde las carencias, las miserias y hechos del presente, es desde donde se nos propone entender la figura justiciera y los crímenes de Dubois. No es mera casualidad que por una parte los títulos de los 37 capítulos sean enunciados en complicidad con el lector: “Nos mete en la conciencia algunas nociones de la lucha de clases”, por ejemplo, en la que la voz del autor se dirige de manera inclusiva al lector. El narrador, por su parte no solo es cercano al personaje, es cercano al punto de la hagiografía. Al personaje de Emile, que sin derramar sangre da muerte a quienes considera asesinos de otros mediante la usura o la explotación laboral, se le exime de cualquier rasgo de culpabilidad o duda ante lo que hace. Dubois es un ángel de la muerte que además se cubre de cierta limpidez a partir de sus buenas maneras y de su prestancia física, de su palidez de poeta tísico, la que aumenta a medida que se acerca su fin y a medida que implícitamente se acerca la muerte del poeta tísico Pezoa Véliz, ambas muertes son una misma muerte. Ambos personajes cristalizan los ideales de amalgama entre arte y justicia, belleza y verdad, utopía social romántica e ideal estético.

Al igual que el personaje de Dubois, la novela intenta matar sin derramar sangre, mencionando a figuras como la del general Gómez Carreño, hoy nombre de un populoso sector de Viña del Mar, vertiendo sobre esa figura un manto de oprobio, lo mismo que sobre una notaría de ficción propiedad de un denostado Camilo Fernández y Asociados.

Cualquier acción que se realice por conseguir justicia, mediante recursos artísticos, se justifica por sí misma, incluido el asesinato. Emile mismo es antes que todo un gran actor, pero que actúa en una obra de carácter moralizante. El imperativo moral de la novela de Manns tiene en la representación de las acciones de los personajes, y del personaje de Dubois por sobre todo, su fundamento último. De ahí que podamos postular la articulación de esta novela con el resto de la obra de Manns, no solo por su carácter de arte “comprometido” —aunque en realidad no hay arte que no tenga compromisos—, sino que también por su concatenación con una concepción de arte que busca enseñar y deleitar, sin que estas dos actitudes frente a la obra se excluyan. Por una parte, la mimesis hace hincapié en la presentación del pasado físico

(arquitectura y urbe) de Valparaíso, sus cerros y calles, dominando allí los procedimientos realistas, en pocas palabras, la fidelidad al pasado; sin embargo, en el ámbito de la representación de valores la mimesis se realiza tendiendo a la abstracción, es decir, en ese ámbito la novela procura hacer de la ley de valores inherente a las acciones del personaje un conjunto de preceptos que justifican la acción de hecho en pos de justicia en el pasado lo mismo que en el presente. Esa es la razón por la cual el relato no es un documento lingüístico, no es la reproducción de un habla, por ejemplo, sino más bien un tributo a Valparaíso como escenario privilegiado de los enfrentamientos sociales, pero es sobre todo un homenaje a la figura desconocida de un hombre que está dispuesto a matar para restituir el imperio de la justicia.

La vida privada de Emile Dubois no es solo una "lectura" del mito popular de un asesino llorado por el pueblo porteño, es una novela en diálogo con la obra en clave de cristología de Carlos Droguett. Entre ambas novelas hay una misma manera de asumir el ideario romántico, un modo de posesionarse de la representación de las clases populares. La obra de Manns es además una novela que plantea al lector una interrogación respecto de cuestiones tocantes a la función del arte hoy, en los tiempos del predominio más o menos global de un sistema económico y político basado sobre la especulación del capital transnacional. Emile Dubois asesina a quienes tienen en su poder el dinero y el prestigio social para su exclusivo beneficio, a quienes introdujeron métodos de represión policial en la historia de Chile. Sus muertes son justificadas porque con ello se desagravian otras muertes, como se puede colegir de la anécdota.

La puesta en diálogo del argumento novelesco con la obra de Droguett pone a *La vida privada de Emile Dubois* en el camino de una tradición literaria que en Chile tiene una veta que a veces se sumerge, hasta ser ignorada, pero que aflora de tanto en tanto, confirmando presencias que, como un fantasma, pugnan por concretarse en reales.

HUGO BELLO MALDONADO
Pontificia Universidad Católica de Chile